

# ¿Problema o necesidad?

SENÉN V. FLORENSA PALAU  
La Vanguardia - 04/01/01

Cuando las pateras arriban a nuestras costas, o cuando naufragan, y las pantallas de los televisores sólo alcanzan a trasladar a nuestros hogares la imagen de su frágil carga humana volcada sobre nuestras playas, el impacto sobre nuestro inconsciente colectivo es el de un desgarrón de sentimientos encontrados. El prejuicio cultural nos inquieta frente a estos africanos que pretenden asaltar nuestro Estado de bienestar recién construido...

Y, sin embargo, no conseguimos habituarnos, insensibilizarnos, frente a un drama que nos toca muy de cerca. Nosotros mismos, los españoles, hemos cargado hace bien poco nuestras maletillas de madera por las estaciones ferroviarias de media Europa.

Entonces, como ahora, los países prósperos de Europa veían cómo el desfase entre el ciclo demográfico y el del progreso y madurez económicos hacía llegar a sus fronteras, trabajar en sus talleres, vivir en sus ciudades a la gente del Sur, que buscaba en el Norte un destino mejor. Dos millones y medio de españoles y portugueses emigraron a Europa entre 1959 y 1974. Europa (lo que entonces denominábamos Europa, como de lejos, sin atrevernos a incluir en ella nuestra maltratada Península) había dado ya empleo a su propia población y necesitaba de esos inmigrantes para seguir creciendo. Y ellos construyeron, junto al resto de trabajadores europeos, el gran ciclo de prosperidad que habría de empujar a tales países a la era postindustrial.

Mientras tanto, el mismo fenómeno migratorio tuvo entre nosotros, los países de origen en el Sur de entonces, efectos determinantes sobre nuestras propias posibilidades de desarrollo económico y social. La emigración drenó el exceso de mano de obra que había presionado a la baja los salarios en la economía tradicional española, especialmente en el sur. Progresivamente (en todos los sentidos) habría que ofrecer salarios superiores a los trabajadores en España y, para ello, habría que invertir y aumentar la productividad. El aumento del "stock" de capital, público y privado, pudo distribuirse entre un denominador de población ocupada menos expansivo gracias a la emigración, facilitando el aumento de la productividad por trabajador empleado y, por tanto, la mejora de las rentas salariales distribuidas. Además, el ahorro externo (recordemos, de no residentes, que no de no nacionales) remitido a España por los emigrantes habría de contribuir estratégicamente a nuestro crecimiento, pues financió los bienes de capital importados -equipos o tecnología- cuya ausencia habría impedido el desarrollo de muchos sectores. Como dirían los economistas de la época, buenos keynesianos, los emigrantes contribuyeron a colmar los dos "gaps", o brechas, que de otro modo hubieran segado nuestras posibilidades de crecimiento, el del ahorro-inversión y el de la balanza de pagos. Pasando del tecnicismo a la expresión humanizada, el esfuerzo de los emigrantes del Sur, lejos de ser una amenaza, fue determinante para el crecimiento y el desarrollo económicos, para la construcción del Estado de bienestar tanto en el Norte (países de inmigración) como en el Sur (países de emigración).

Internamente, dentro de la propia Península, la prosperidad de Cataluña, el País Vasco o Madrid fue posible por la llegada de una cuantiosa mano de obra del Sur dispuesta a trabajar. También entonces hubo miedos y vacilaciones frente a la invasión de charnegos, maquetos y provincianos en las periferias de las grandes ciudades, pero ya nadie se acuerda siquiera. El progreso en el Norte que ellos construyeron y el inmenso progreso también en el Sur que la emigración contribuyó a facilitar, especialmente en Andalucía, que ha pasado de paria secular a región admirada en Europa, han hecho del recuerdo de ese proceso migratorio algo positivo.

Hoy la inmigración sigue llegando del Sur. Nosotros somos ahora la Europa próspera y afortunada que los africanos, especialmente los magrebíes, ven asomarse cada noche con una opulencia obscena a sus televisores. Europa, nosotros ahora junto con los demás miembros de la Unión, sigue necesitando de la inmigración para crecer, para seguir construyendo la sociedad avanzada que pretende ser. Y para el Magreb es cuestión vital integrarse en ese ciclo de progreso, desencadenar su propio mecanismo de crecimiento, de desarrollo económico y social, porque está claro que ha perdido hace tiempo el equilibrio de su sociedad tradicional. Así lo entendimos todos hace ahora cinco años en Barcelona, en la Conferencia Euromediterránea de noviembre de 1995, y así intenta impulsarlo el que en todo el mundo se conoce como proceso de Barcelona: la concepción de que la frontera Norte-Sur que ahora cruza el estrecho de Gibraltar y divide en dos mundos al Mediterráneo, gran contradicción histórica, debe trocarse en un área de paz, estabilidad y prosperidad compartida donde el diálogo y el entendimiento entre los pueblos que se asoman a sus orillas sea una realidad. No es un reto fácil, pero desde el punto de vista migratorio, habida cuenta de nuestra propia historia, parece claro el sentido positivo e incluso imprescindible de su aportación. Para el Sur y para el Norte también.

*SENÉN V. FLORENSA PALAU, economista. Embajador de España en Túnez.*